

Artillería, pertrechos de guerra y veintidós mil pesos en plata, fueron el botín de los vencedores.

Sobre el campo estaban los cadáveres de *noventa y seis* franceses.

Quinientos prisioneros se hicieron sobre el terreno, mientras que una parte de la caballería iba en persecución de los dispersos que se rendían á discreción.

Esta gloriosa jornada tomó el nombre de "*balla de San Jacinto*," por llamarse así el lugar donde se consumó la derrota de las fuerzas imperialistas.

CAPITULO SEPTIMO.

EXPIACION.

I.

Escobedo marchó á Zacatecas, llevando personalmente la noticia de su victoria al presidente Juárez, que estaba de regreso en la ciudad.

Al día siguiente volvió á su campo.

Aquel fué un día terrible.

Los horrores cometidos por los franceses en Zacatecas, necesitaban una reparación ejemplar.

Hay veces en que el hombre de corazón tiene que contener los clamores de la piedad, cerrar los ojos á la luz de la compasión y descargar el brazo de la justicia sobre la frente del culpable y del criminal.

El ejército y el pueblo pedían el castigo.

Aquello era un eco débil ante ese acento solemne y aterrador de la justicia humana.

El general Escobedo mandó pasar por las armas á noventa y ocho franceses, hechos prisioneros sobre el campo de batalla.

A aquellos desgraciados no les abrigaba nacionalidad alguna; porque el mariscal Bazaine había hecho saber á los subditos de Napoleón III, que los que se filiasen de ellos bajo la bandera de Maximiliano, perdían su calidad de nacionales franceses.

Las leyes de la República los condenaban como piratas y filibusteros.

Esos miserables estaban sentenciados de antemano.

Un coronel del Norte recibió las órdenes para la ejecución.

Los prisioneros fueron encerrados en una capillita, donde un sacerdote entró á prestarles los auxilios espirituales.

Un clamor terrible se levantó de aquel grupo de extranjeros frente del patíbulo.

Tres compañías se situaron frente á la iglesia avocando tres obuses de montaña cargados á metralla.

A una distancia de doscientos pasos de la capilla, se formó el cuadro.

Los condenados eran llevados de diez en diez.

Al ruido siniestro de las detonaciones, los que estaban esperando su turno entraban en una agonía lenta y desesperada.

La ejecución fué lo más violento posible, porque aquellos instantes eran horribles.

Los últimos sentenciados habían perdido la razón y caminaron desfallecidos al cadalso.

Los soldados recordaban, para atenuar ese sentimiento que se despierta á la vista de ese espectáculo de muerte, la memoria de los fusilamientos de Uruápan, y los nombres de los generales Arteaga y Salazar corrían por todos los labios.

¡La hora del Señor había sonado en el reloj de la justicia eterna!

CAPITULO OCTAVO.

LAS NUPCIAS.

I.

El comandante Demuriez había esperado que el ejército francés se alejase del suelo mexicano, para evitar cualquier obstáculo que se opusiese á su enlace con la señorita Clara Rodríguez.

El comandante había presentado á Don Alfonso sus papeles en toda regla.

Nada faltaba á los documentos, tenían los sellos del Ministerio de Relaciones y los de la Legación Francesa en México.

Por dichos documentos aparecía que Demuriez nunca había contraído matrimonio, ni dado palabra solemne de casamiento, ni contraído esposales.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1525 MONTERREY, MEXICO

Don Alfonso estaba profundamente triste; pero conocía que la separación de Clara era inevitable, porque el porvenir de la mujer está en el casamiento.

Resignado con estas ideas, estaba solo consagrado á los preparativos, es decir, había recogido en una cartera los billetes de banco, que formaban una suma enorme, para entregarlos á Demuriez luego que la ceremonia se hubiese verificado.

El infeliz padre quería que la boda tuviese un lujo asiático; trataba de hacerse ilusiones manifestando un gozo que estaba muy lejos de sentir.

Las donas que regaló á Clara eran soberbias y de un gran valor.

Al futuro esposo de Clara le preparó obsequios que el comandante sólo había visto en los cuentos de las *Mil y una Noches*.

Invitó á la ceremonia á las familias más distinguidas de la sociedad y á sus amigos íntimos.

Clara había deseado que su querida Luz hubiese sido su madrina; pero Luz no se encontraba con valor para ver desposar á aquella joven á quien amaba con intensidad.

Don Alfonso, por galantería invitó á la señora Fajardo que se prestó al momento, porque Doña Canuta quería mucho á la hija del español.

El diplomático le había hecho un obsequio á nombre de Luz, que le costaba algunos cientos de pesos.

Ya hemos dicho que Don Modesto nada escaseaba en tratándose de su hija, y esa vez echaba la casa por los balcones.

El hombre de Estado estaba satisfecho y la señora Fajardo rebotando de alegría.

II.

Estamos en la noche en que debe celebrarse el casamiento de Clara y Demuriez.

La casa de Don Alfonso estaba ricamente alhajada.

En el fondo del patio hay una gruta donde se destacan las hojas arrasadas del plátano y las flores de la magnolia como palomas en un nido de esmeralda.

Las camelias blancas y rojas, el rodo dendro, las anémonas y cuantas plantas y flores exquisitas produce nuestro fecundo suelo, tantas se encontraban en aquel poético recinto.

En el fondo de la gruta estaba un transparente con una alegoría del *Amor* y el *Himeneo*.

La gruta estaba alumbrada con luz de luna, dando aquella suavidad fosfórica un tono bellísimo á las ramas enlazadas que formaban el cielo de la gruta.

Además de la esencia de las flores, ardían unos pebeteros de ámbar que saturaban la atmósfera.

Los arcos del corredor estaban adornados con vasos de colores, y en el centro de cada uno se destacaba una estrella iluminada color de granate y oro.

Las columnas tenían también vasos de color admirablemente combinados, y todo aquel conjunto de flores y de luces era encantador.

La sala estaba magnífica.

Los muebles eran dorados y los asientos de raso blanco bordados de flores de sedas de color, trabajo exquisito, preparado expresamente para aquella ceremonia.

Las alfombras blancas también y sembradas de flores.

Un candil de cristal resplandeciente con yardas y arbotantes de oro agrupando las luces, reproduciéndose en los mil prismas trémulos y oscilantes.

Lunas de un tamaño fabuloso cubriendo casi por completo los lienzos del salón.

En las consolas de mármol jarrones pequeños de alabastro con flores exquisitas.

En la antesala, puestas en cuadros dos copias del Ticiano, alumbradas por bujías en candelabros de bronce.

En el corredor estaba servida una mesa suntuosa.

—¡Fajardo, decía Doña Canuta al diplomático, esto es verdaderamente regio!

—Es necesario confesar, contestó Don Modesto, que de pocos años á esta parte se ha desarrollado un gusto exquisito en nuestras fiestas sociales.

—Las cortes hacen renacer.....

—Silencio, esposa mía, no hables tan alto, me comprometes, no ves que estamos á un cuarto para republicanizarnos?

¡Pusilánime!.....si yo fuera hombre ya estaría con las armas en la mano.

—Yo opino de diferente modo, me parece más comodo que otros las empuñen.

—Ya, pero no es igual resultado.

—No tomando las armas, yo te aseguro que me inquietan muy poco los resultados.

—¡Hola! señora Doña Canuta, usted por acá, le dijo el andaluz que ya hemos visto en la tertulia de Clara.

—Soy uno de los santos de la fiesta, caballero.

—¿Usted también se casa?

—No precisamente; pero apadrino á Clara.

—Lo ignoraba señora.

—Eso le acontece á usted muy á menudo.

—Es cierto, no podía creer que.....

—¿Aquel es el comandante? preguntó Doña Canuta echando el lente á Demuriez.

—Precisamente, señora, aquel del frac negro y cruz de la Legión de Honor; y ahora que hablamos de legiones, parece que algunas de demonios están cargando con el imperio.

Doña Canuta afectó no oír las palabras del andaluz.

—Vea usted qué suerte de estos gabachos, llevarse una muchacha tan linda un comandantillo; fuera al menos un mariscal!

—Los españoles, caballero, son los que menos pueden quejarse, ustedes son los hombres de la fortuna en este país.

—No creo favorecido por ella toda vez que tengo el honor de llamarme amigo de usted.

—Gracias, caballero, respondió la Fajardo, sacudiéndose el vestido, sin comprender la sátira sangrienta del andaluz.

—Hablemos con formalidad, señora, estoy encantado de ver este lujo.

—Tiene usted razón, ni en las tertulias de S. M. la emperatriz se vé este esplendor.

—Y que aquello no les costaba, contestó el andaluz sin poderse contener.

—El erario, caballero es el que está en obligación de cubrir el gasto de los reyes.

—De los emperadores, murmuró con sonrisa el español.

—Hablo en general de las dinastías, acaso S. M. C. paga de su peculio las diversiones?

—Lo ignoro; pero sé que al menos tiene un patrimonio, mientras que S. M. el emperador de México tiene un contra-peculio, es decir, muchas deudas.

—No le juzguemos, caballero, hay mucho de qué ocuparnos esta noche, dejemos á S. M. que en nada se mezcla con nosotros.

—Como usted guste, señora.

En esos momentos se acercó Don Alfonso á la señora Fajardo.

—Señora, le dijo dulcemente, me es muy penosa la ausencia de vuestra hija, los dos estamos heridos mortalmente; pero deseara me acompañara en esta hora bien triste para mí.

—Ha llorado desde ayer sin descanso. Clara fué á visitarla y la ha puesto de remate, hoy no ha querido probar bocado, ni darnos la cara. Metida en su aposento como un mi-sántropo no quiere hablar con alma nacida.

—¡Pobre Luz! usted sabe, señora, que yo dudo á quién amo más, si á mi hija ó la vuestra.

Señor Don Alfonso, si no estuviéramos en este lugar le ahogaba á usted de un abrazo.

—Señora, esa niña es un ángel de virtud.

—Es verdad, dijo Don Modesto ingiriéndose en la conversación; mi Luz es un tesoro, hace usted bien en quererla, porque ella le paga á usted con usura su cariño, vamos si esa ni-

ña está punto más que enamorada de usted y de Clara; yo confieso que estoy celoso, terriblemente celoso!

Don Alfonso limpió sus ojos que se habían humedecido.

El diplomático pensó que acaso no estaría distante el día en que su hija se separase de él para siempre, é instintivamente pasó el brazo por la espalda de Don Alfonso y lo estrechó á su corazón.

Aquel infeliz anciano tenía una pesadumbre mortal, aparentaba tranquilidad y alegría por no disgustar á su hija..... ¡pobres padres! no hay sacrificio, por grande que sea, que no lo acepten delante de ese cariño.

Don Alfonso recorría los grupos de sus convidados recibiendo felicitaciones que eran otros tantos dardos sobre su corazón.

Los españoles comprendían que su consentimiento era una condescendencia al amor de su hija, y hasta un niño hubiera conocido el disgusto de aquel padre solo con mirarle á la cara.

El salón y el jardín estaban inundados de las principales familias del mundo elegante.

Un golpe de orquesta anunció que la hora había llegado y que los novios aparecían en el salón.

III

Trasladémonos por unos instantes á la casa de los Fajardo, donde tenía lugar una escena interesantísima.

Luz se paseaba agitada en su gabinete.

Su semblante tenía marcadas las señales del llanto, sus ojos estaban inflamados, sus pupilas candentes, sus labios convulsos y sus cabello desordenado.

Aquella infeliz criatura hacía el duelo á su querida amiga.

Un presentimiento le decía que Clara iba á ser desgraciada.

Esta idea nacía tal vez del odio que profesaba á los franceses.

Hay cierto celo *nacional*, por decirlo así, cuando se ve á una joven hermosa aceptar por esposo á un extranjero.

Luz creía, y era lo cierto, que aquella amistad debía entibiarse luego que Clara entrase en una nueva existencia. No era esto lo que más la inquietaba; hacía algún tiempo que no notaba algo de extraño en la conducta de Demuriez, algo que no era posible determinar, pero que se sentía.

Aquel hombre le era enteramente antipático, lo rechazaba instintivamente.

— Por algo no quiero yo à este hombre, se decía la joven, el corazón sabe màs que nosotros.

Acercóse á su tocador y tomó el retrato de Clara.

Lo contempló algunos momentos y lo arrojó sobre la mesa con despecho.

— ¡Pobre amiga mía!..... no sabe el paso que da en estos momentos.....yo estoy terriblemente inquieta.

Quedóse un momento pensativa la joven.

— ¡Oh! dijo, se me olvidaba, yo no quiero tener nada de ese hombre.

Diciendo esto abrió una cajita de ébano que estaba sobre la consola y sacó un bulto de cartas.

— Estas son, dijo, las cartas enviadas á ese señor Demuriez y que Clara aun no ha recogido; véamos si están completas.

Ya recordarán nuestros lectores que el novio de Clara había posado en la casa de los Fajardo, por cuyo motivo la correspondencia de Europa se encontraba en poder de Luz.

La joven se puso á contar las cartas.

Al llegar á la última notó que pesaba màs que las anteriores.

— ¡Qué será?.....¡Ah! sí, unos retratos.....se perciben perfectamente los ejemplares.

Tuvo un momento la cara en la mano, cuando la asaltó la curiosidad natural á su sexo. Se le antojó ver de quién eran aquellos retratos.

Probó á ver si podían transparentarse á la luz de la bujía.

— Es imposible, dijo, están en vitela; y se decidió á romper el sello.

Sacó de una doble cubierta dos retratos.

El primero era el de una joven bellísima.

El cuadro estaba bien delineado.

Era un aposento con una ventana que caía al mar; el mar estaba desierto.

En la pared visible del aposento, estaba colgado un uniforme y una espada.

A un lado un pequeño escritorio.

La joven estaba recargada á la reja de la ventana, apoyando sus sienes sobre una de sus manos perfectamente modeladas.

Vestía una bata de mil rayas y llevaba al seno un prendedor con un retrato que no podía percibirse.

Su pelo estaba rizado y se levantaba sobre su frente, dividido por una raya caída hacia la izquierda de la cabeza.

El cabello estaba recogido y puesto dentro de una red.

Un rizo se descolgaba por el cuello de la joven.

La actitud de aquella simpática figura era interesante.

Revelaba á una mujer que tiende una mirada lánguida sobre el mar y el horizonte en busca de una esperanza.

Luz, con aquella prespicacia de imaginación que sólo poseen las mujeres, comprendió que no podía ser una hermana sino la esposa de un militar que espera su regreso.

Luz no se olvidaba del uniforme.

Volvió la fotografía por el revés y leyó: "Un recuerdo á mi esposo."—*Matilde Demuriez.*

La joven se quedó como si un rayo hubiese caído á sus plantas.

Restregóse los ojos, sacudió la bujía, para que arrojase más luz, y tornó á leer.

No cabía duda, aquel hombre era casado y perpetraba en aquellos momentos un crimen horrible.

Pasó violentamente la vista por la otra fotografía y sus ojos se humedecieron.

Una niña y un niño jugaban con un aro de casca beles.

La niña estaba poniendo una fisonomía de llanto al sentirse arrebatado aquel juguete por su hermanito, que hacía esfuerzos por quedarse con la prenda.

El artista había sorprendido este instante de la infantil pareja y la reproducción salió magnífica.

El ejemplar tenía su dedicatoria.

"Alfonso y Rosa Demuriez á su adorado papà."

— ¡Esto es horrible! exclamó Luz, yo debo evitar este engaño.

Y tiró fuertemente del cordón de la campana.

Una criada se presentó.

— El cochero inmediatamente.

Entróse en su tocador, vistióse con violencia, y á los diez minutos salía el coche á todo escape rumbo á la Ribera de San Cosme.

IV.

Hemos dicho que un golpe de música anunció á la concurrencia que los novios entraban al salón.

Efectivamente, Clara se presentó hermosa como en el fondo de un cielo lleno de estrellas.

Llevaba un traje de seda blanco, cortado á nesgas, de cola, orlado simplemente de un cordón torcido de seda también blanco, que formaba un trébol en el borde inferior de la costura de cada paño, subiendo cada uno de éstos hasta el talle.

Un cinturón formado por un ramo de azahares salpicado de brillantes, terminando en un ramo cubierto de flores.

Sobre el escote, capullos de azahares sembrados de brillantes.

Clara estaba envuelta en una nube de rosas y de estrellas.

Sobre su frente virginal se ostentaba una diadema de perlas entrelazadas con las blancas flores de naranjo, que caían sobre sus espaldas.

Un velo blanco como el vapor de la mañana flotaba sobre la corona y se extendía á lo largo de la falda.

Unas pulseras y un alfiler de brillantes, resplandecientes como el sol, completaban los arreos de la desposada.

Los ojos de Clara no se habían ostentado jamás tan soberanos.

Una palidez romanesca, y una languidez encantadora, bañaban el semblante divino de la joven.

Sus labios entreabiertos con una sonrisa de sobresalto amoroso, dejaban ver unos dientes más blancos que las perlas enlazadas á los azahares de la corona.

El señor Demuriez vestía todo de negro.

Un frac perfectamente arreglado, obra de Salin, un pantalón ajustado, un chaleco abierto dejando ver una camisa con un bordado exquisito y una corbata blanca.

Sobre la solapa del frac llevaba la cinta roja de la que pendía la cruz de la Legión de Honor.

Demuriez estaba emocionado terriblemente.

Quien hubiera penetrado en el secreto de su conciencia, hubiera visto el combate sangriento de su alma y percibido el duro golpe de su corazón.

Don Alfonso presentó á los novios á la concurrencia, que los recibió con un aplauso.

Calló la música.

El sacerdote apareció con traje de ceremonia y se dirigió á uno de los extremos del salón.

Don Alfonso y la señora Fajardo tomaron su puesto.

El comandante Demuriez condujo á Clara frente al sacerdote.

La concurrencia guardó silencio.

El sacerdote leyó á los desposados la epístola de San Pablo, con voz solemne y conmovedora.

Después, dirigiéndose á los circunstantes, preguntó si alguno de ellos sabía que los contrayentes tuvieran impedimento para contraer el matrimonio.

Demuriez se estremeció involuntariamente.

Por tres veces se repitió la pregunta.

Nadie contestó.

Entonces Demuriez y Clara se estrecharon la mano derecha.

Demuriez estaba yerto como la muerte.

—¿Caballero Enrique Demuriez, recibís á la señorita Clara Rodríguez como esposa y compañera?

—Sí, murmuró sombríamente Demuriez.

—¿Señorita Clara Rodríguez, recibís como esposo y compañero al señor Enrique Demuriez?

—Sí lo recibo, respondió Clara con voz sonora.

—Pues yo os uno, dijo el sacerdote, en el nombre, de

Llegaba á estas palabras el sacerdote, cuando Luz se precipitó en medio del salón apartando violentamente á los convidados.

La ceremonia quedó interrumpida.

—Señores, gritó Luz con acento terrible, este matrimonio no puede verificarse, el señor Demuriez es casado en Francia.

Todas las miradas se volvieron al desposado, que lleno de terror y con el rostro desencajado permanecía estático en medio de aquella concurrencia que esperaba de sus labios alguna palabra.

—Señores, prosiguió Luz he ahí las pruebas de su crimen, y arrojó las cartas y los retratos á los pies de Demuriez.

Clara, al ver trémulo á su novio, conoció que su amiga no había mentado.

Entonces se alzó terrible, vengadora, y adelantándose resueltamente, arrancó la cruz de la Legión de Honor del pecho de Demuriez, y la arrojó al suelo con desdén.

—No es digno de llevar esa insignia el infame que engaña á una mujer.

Demuriez llevó las manos á su corazón y comenzó á sollozar con esfuerzo desesperado, y lanzó al fin una carcajada nerviosa y estridente que retumbó en toda la sala.

—¡Hola! gritó Clara á sus lacayos, sacad á ese miserable, yo lo arrojo de mi casa!

Una segunda carcajada acompañada de convulsiones horribles salió del pecho del comandante.

—¡Salid! pronto volvió á decir con acento imperioso.

Dos lacayos tomaron por brazos á Demuriez y lo sacaron del salón.

Una tercera carcajada espantosa, último grado del acceso, acometió al desgrado ya en las puertas de la casa.

A los pocos momentos se oyó la detonación de una pistola.

El comandante Demuriez se había levantado la tapa de los sesos!

